

# Ánimas volverte a ver. Las entidades anímicas, la muerte y la escatología: Una revisión en algunas religiones

Antropólogo físico J. Erik Mendoza Luján  
DIRECCIÓN DE ANTROPOLOGÍA FÍSICA-INAH



*Vida: Especie de salmuera espiritual  
que preserva al cuerpo de la descomposición.  
Vivimos en diario temor de perderla;  
cuando se pierde, sin embargo, no se le echa de menos.*

**Ambrose Bierce.**

Hasta que el hombre se enfrenta a la Muerte, no se pregunta el valor y esencia de eso que llamamos vivir. Por eso pienso como Bierce: La pregunta, “¿vale la pena vivir?”, ha sido muy debatida, en particular por los que opinan que no; algunos de ellos escribieron extensos tratados en apoyo de esa idea y, gracias a un minucioso cuidado de su salud, disfrutaron durante muchos años los honores de una exitosa controversia.

La vida la podemos entender desde una serie de posturas, por ejemplo la característica que ciertos fenómenos tienen para producirse o regularse por sí mismos o la totalidad de tales fenómenos, mientras que otras explicaciones la dan de la siguiente forma, la vida aparece, junto con la luz, como una característica del verdadero Dios, (o la salmuera).

Estas dos concepciones de vida, por un lado la filosófica-científica y por otro la filosófica-religiosa, nos

dan a entender dos aspectos diferentes de vida. Si continuamos sumergiéndonos en las aguas de la vida, lo que podemos observar es que se necesita de un “algo” que nos haga vivir. Y no me refiero a una razón, ni al impulso y mucho menos al pretexto, sino a “eso” que hace que lo inanimado se anime, que de lo inorgánico se forme lo orgánico, que del barro se formen tejidos, células, fluidos y ellos hagan de una vasija de barro un ser que habla, trabaja y piensa. A “ese algo” se le denomina entidad anímica, ya sea el soplo divino o alguna otra forma, es lo que permite el paso de lo inanimado a lo animado.

Decir almas, espíritus, ánimas, es precisar muy poco. No me refiero a la vaguedad o una polisemia que se dé a partir de un supuesto universal de la cultura. No se debe la imprecisión a un intento de reducir a una concepción de validez general las que pertenecen a una pluralidad

de tradiciones culturales. Basta que los términos alma, espíritu o ánima estén circunscritos a una particular cosmovisión, a una época, para que su contenido linde en lo inasible. Paradójicamente, las concepciones de lo anímico son fundamentales en muchos de los sistemas de cualquier complejo ideológico, y pretender la comprensión histórica del pensamiento de una sociedad dada sin haber precisado al menos los rasgos generales de las entidades anímicas es bordar en el vacío.

La observación de los procesos vitales, del movimiento orgánico y de las funciones de conocimiento, tendencia y afección, constituye la base de la concepción de centros y entidades a los que se atribuye la existencia y ordenamiento de lo anímico. Un centro anímico puede definirse como la parte del organismo humano en la que se supone existe concentración de fuerzas anímicas, de sustancias vitales, y en la que



se generan los impulsos básicos de dirección de los procesos que dan vida y movimiento al organismo y permiten la realización de las funciones psíquicas. De acuerdo con las diferentes maneras: pueden corresponder o no a un órgano particular; pueden ser singulares o plurales dentro de cada organismo; en este último caso, pueden estar diferenciados por funciones, y aun jerarquizados.

La energía anímica que se supone reside en los centros anímicos es frecuentemente concebida como una unidad estructurada con capacidad de independencia, en ciertas condiciones, del sitio orgánico en el que se ubica. Esto hace que deba distinguirse entre el concepto de asiento normal de la fuerza, y el de la unidad estructurada de fuerza, constituida en entidad independiente. Como sucede con las concepciones de los centros anímicos, son muy variables las características de

las entidades anímicas: singulares o plurales, divisibles o indivisibles, con funciones específicas, jerarquizables, materiales o inmateriales, separables o inseparables del organismo humano, percederas o inmortales, trascendentes a la vida del ser humano o finitas en la medida de éste, o aun poseedoras de una conciencia distinta e independiente del ser humano al que pertenecen.

La distinción entre centros anímicos y entidades anímicas es importante en el estudio de la muerte y la cultura, debido a que la escatología forma parte de la cosmovisión de cada cultura y/o religión, lo cual permite un mejor entendimiento de la concepción de la muerte, así como de los ritos reservados para este evento.

Se puede entender a la muerte como la ausencia de una entidad anímica, o el abandono de la entidad anímica de los centros anímicos. Pensando de esta forma, dejan un

lugar o centro para residir en otro diferente. Con esta idea, podemos conceptualizar a la escatología como una serie de sistemas de esperanza, donde puede residir la entidad anímica, continuando con la vida.

El saberse finito provoca en el hombre angustia, representada por la muerte, que se presenta como objeto de nuestra más profunda reflexión. No podemos mensurar y ponderar nuestra vida, nuestra existencia, sin tener presente que, en cualquier momento, la muerte, propia y ajena, cruce en nuestro camino. Se vuelve obsesivo el miedo al fin, a la extinción total.

Esta *angustia* ve su consuelo en la idea de la sobrevivencia: el *transcender*. El horror al vacío y a la descomposición compelió al hombre a imaginar cosmologías que explicarían su propia razón de ser, su procedencia y su destino. Elías menciona que, “[...] sólo una creencia muy fuerte en la propia inmortalidad [...] permite eludir tanto la angustia de culpabilidad vinculada con el deseo de muerte [...] como] la angustia por el castigo de las propias faltas”<sup>1</sup>. Por este motivo las culturas han desarrollado diversas concepciones de lo que se supone que existe después de la muerte, lo que se denomina *Escatología* y se apoya de mitos leyendas para realizar sistemas de esperanza.

Thomas (1991) propone cuatro modelos de sistemas de esperanza:

1. *El más allá cercano*, en un Universo casi idéntico al de los vivos, con la posibilidad constante de reencuentros (*v.gr.* sueños; fantasmas, posesión y reencarnación). Este modelo se observa en el chamanismo del Asia central, de Siberia y de la América del Norte y, en especial del África Negra.

2. *El más allá sin retorno*, en un mundo diferente y lejano, tal y como se concebía en los vastos territorios de la antigua Mesopotamia y del Egipto faraónico, caracterizados por la centralización del poder.



3. *La resurrección de la carne* reemplaza al mito del tiempo cíclico por el tema de una dimensión lineal y acumulativa; esta creencia culmina en el zoroastrismo, el masdeísmo y las religiones del Libro o de la familia de Abraham (judaísmo, islamismo y cristianismo).

4. Por último, *la reencarnación* en el caso del Hinduismo, el más allá no asume la forma de un espacio, de un modo diferente en el que el hombre entraría para no volver a salir. Tiene más bien una dimensión temporal y se manifiesta por una serie de intervalos temporales que separan las reencarnaciones sucesivas de un mismo principio espiritual. Nada es más explícito, en este sentido, que los textos de los Vedas y de los Upanishads, y la creencia en la transmigración de las almas.

“Cada una de estas posturas y sus contrarias responden a aspiraciones profundas, pero, puesto que en alguna medida, son todas verdaderas, también encierran de algún modo una parte de falsedad”.<sup>2</sup> Pero al mismo tiempo cohesionan a los grupos socio-culturales en la medida que forman parte de la cosmovisión de los pueblos.

Entre los pueblos nahuas existen tres entidades anímicas que abaste-

cían de vida los cuerpos humanos, ellos son el *tonalli*, el *teyolia* y el *ihiyotl*. El *Tonalli* se puede definir como el “destino” de la persona, en la medida en que las fuerzas tenían nombres particulares que les daban la unión de una figura calendárica y un numeral. Los símbolos básicos, formados por la combinación de 20 figuras y 13 numerales, integraban un ciclo de 260 unidades, número de días que, con los mismos símbolos, constituían la base del calendario adivinatorio. Este ciclo servía para saber los influjos que serían dominantes en cada individuo, de acuerdo con el día (el día oficial) de su nacimiento. La fuerza era introducida en el niño por medio de un ritual, y quedaba alojada en él a manera de una de sus entidades anímicas, unida estrechamente al hombre como su vínculo con el cosmos y condicionando su suerte. Todo aquello que al hombre pertenecía en virtud de su relación con el cosmos recibía también el nombre de *tonalli* (tetónal).

El *Teyolia* era la entidad anímica que iba al mundo de los muertos. En un texto de Fernández de Oviedo se afirma que el *teyolia*, a la muerte del individuo, iba a morar con los Dioses. Otro texto dice que era esta entidad que viajaba al Cielo del Sol,

que también era un mundo de difuntos, y que en dicho cielo se transformaba en ave.

Desde épocas muy tempranas de la Colonia se identificó al *teyolia*, como entidad anímica que iba al mundo de los muertos, con la palabra española “ánima”. Esta palabra llegó a usarse en la lengua nahuatl junto con *yolia* y *teyolia* por los indígenas cristianizados cuando tocaban los temas de la condena o salvación. La equivalencia persiste, como puede verse en los estudios lingüísticos en los que aparece que “corazón” se dice en nahua de nuestros días *yo:l*, *yuhlu*, *yo:ll(o)* o con los hispanismos *ánima* y *alma*.

La identificación de la tercera entidad anímica, la que creían se encontraba en el hígado, presenta la mayor dificultad, por lo que se refiere tanto a los antiguos nahuas como a los pueblos indígenas actuales. Madsen, que nos habla de las tres almas en las que creen los actuales habitantes de un pueblo nahua, nos proporciona el nombre de la entidad, pero no dentro del cuerpo, sino cuando ésta se ha externado: “aire de noche”, sustancia maligna que puede atacar a los seres humanos. Tal término existía entre los antiguos nahuas: *yuhualécatl*. No hay gran información sobre el *yuhualécatl*. Era una entidad maligna que había que expulsar del cuerpo, saizando la carne con pedernal, lo que está en plena concordancia con las actuales creencias nahuas. A este “aire de noche”, “aire de muerto” o *yuhualécatl* se le denomina también *ihiyotl*.

Todas estas entidades anímicas tenían un sitio propio a donde trascendía, desde la perspectiva escatológica nahua. Empecemos por la entidad anímica cuyo destino es más claro: el *teyolia* o *yolia*. Las fuentes nos hablan frecuentemente de cuatro sitios (al menos cuatro) a los que iban las almas de los muertos. Estos eran el Mictlan, para quienes fallecían de muerte común; el Tonátiuh



Ilhuicatl o Cielo del Sol, para los caídos en combate, los sacrificados al Sol y las muertas en primer parto; el Tlalocan, para los que fallecían por alguna causa relacionada con el agua, y el Chichihualcuauhco, para los aún lactantes. La entidad anímica a la que se refieren las fuentes como el alma que estaba destinada a alguno de los sitios mencionados era el *teyolia*.

El destino del *tonalli* presenta mayores problemas para su estudio. Debe recordarse la naturaleza fragmentable de esta entidad anímica, y su posibilidad de quedar parcialmente adherida a las uñas y a los cabellos, partes del cuerpo que comparten las características de un rápido crecimiento y de la necesidad que se tiene de cortarlos. Según las concepciones indígenas actuales, el ser humano va dejando porciones de su *tonalli* en todos los lugares en los que vive. Por alguna razón, se estima necesario que el *tonalli* se reintegre después de la muerte, por lo cual esta entidad anímica realiza un viaje en el que va recogiendo sus disgregadas porciones.

Por lo anterior, se afirma que la “sombra” vaga para recuperar sus partes; por otra, que el objeto de vagar es la restitución y la reparación de los bienes de los que el individuo gozó sobre la tierra. En cuanto a su definitiva libre existencia, también se afirma que la “sombra” que envuelve y protege al “aire de noche” permite deambular a los fantasmas por el mundo. La creencia en el vagar de la “sombra” está demasiado extendida en la actualidad como para estimarla desligada de las concepciones prehispánicas.

La suerte del “aire de noche” (el *ihiyotl* prehispánico) está ligada a la de la “sombra”. En nuestros días se cree al primero incapaz de existir sin su cobertura, y así una entidad anímica envuelve a la otra, permitiéndole que cause daños a los mortales. También se afirma que del muerto

surgen emanaciones dañinas, que el muerto que se le acompañe, y que estas temidas entidades anímicas son atraídas por las antiguas pertenencias del difunto.

Aunque en las fuentes históricas no hay menciones explícitas de la relación entre el *ihiyotl* y los fantasmas, éstos aparecen en las descripciones de las creencias prehispánicas y se registraron múltiples precauciones de los vivos contra las malas influencias de los difuntos o fuerzas maléficas, muy semejantes a las descritas con el actual nombre de “aire de noche”. Así, la mujer preñada y su marido temían salir de noche de su casa sin las precauciones mágicas apropiadas, puesto que había el peligro de que tropezaran con alguna fuerza nociva. En ocasiones la fuente dice que tenían miedo de encontrarse con “algo”; pero en otras dice claramente que con “alguien”.

Entre las precauciones contra la entidad anímica debe incluirse la vestimenta de luto, puesto que los deudos se untaban de lodo y se ceñían cintas de cuero muy sucias en la cabeza, como si quisieran ocultarse de alguna entidad anímica del pariente muerto, entidad que podía seguirlos por la familiaridad que con ellos había tenido en vida.

Las culturas africanas siempre han cautivado al mundo occidental, puesto que las diferencias que se pueden hacer notar han sido acogidas como lo exótico. La religión de regla de palo monte o regla congo, que se ubica en las riberas del río Congo, es prolífica en la idea de las entidades anímicas y escatología.

Los habitantes de las tierras ancestrales ocupaban el segundo peldaño de la escala social. El clan ocupaba muchas aldeas según las líneas de descendencia que se hubieran constituido a través del tiempo. La jefatura de cada aldea pertenecía por derecho de herencia al descendiente más directo de la primera mujer de la primera línea. Ese jefe era también el sacerdote principal del culto a los antepasados, de cuya estricta observancia dependía la prosperidad del clan y sus miembros. Él era, pues, el heredero y representante de los ancestros en la tierra, y a la inversa, era también el representante de los miembros del clan ante los antepasados.

La existencia de un poder político central se reflejó más en la jerarquización de la divinidad y sus características funcionales que en el ordenamiento social dentro de los clanes. Y aunque la descripción y análisis de esa divinidad han llegado a nosotros por medio de los misioneros que intentaran la catequización



de los bakongos, con la inevitable identificación de una deidad única con el Dios de la iglesia Católica, lo que resulta incuestionable es que los bakongos si tenían una deidad única: Nzambi, que puede, efectivamente, parangonarse con el Supremo Hacedor.

Nzambi creó el cielo y todos los astros, y también a la primera pareja humana, de la cual desciende toda la humanidad entera. Nzambi interviene en la creación de cada individuo. Cuando un niño está a punto de nacer el alma material entra por una de sus orejas, indicando que ha ocurrido el nacimiento “verdadero”. Al morir el hombre, el alma material regresa a Nzambi.

Para poder comprender mejor la naturaleza de los espíritus ancestrales y de la naturaleza, es preciso conocer primero cómo se percibían los bakongos en tanto que seres vivos. El hombre es considerado como un ser dual, compuesto por una entidad exterior: el cuerpo físico, que se entierra y se descompone, y una entidad interna: la esencia misma del hombre. Ésta, a su vez, está compuesta por dos entidades separadas: la *nsala* y el *mwela*.

Nsala es la parte del hombre que no es visible en el cuerpo exterior, es su alma o mejor, el principio de vida. Es considerada como un ser viviente que actúa como la adivina del hombre, al cual puede abandonar momentáneamente para vagar por el mundo y conocer los acontecimientos que afectarán a su dueño en el futuro. Al norte del Congo, donde la palabra nsala no se emplea, se usa *kiini* (sombra), de lo cual se infiere que allí la sombra es conceptual y funcionalmente igual al alma o principio de la vida. En Mayombe y otras regiones sureñas, nsala equivale a sentido *lunzi*, que podría describirse como la imagen del hombre interior, de la esencia del hombre. Al igual que el cuerpo físico tiene su sombra, el alma también tiene la su-

ya. La nsala no abandona el cuerpo físico sino hasta que el hombre muere, y la sombra se separa de él. Por eso los muertos mantienen el alma de un enfermo virtualmente cautiva, obligándola a no alejarse del cuerpo físico; si no hicieran esto, toda la enfermedad tendría un desenlace inmediatamente fatal.

*Mwela* es el aliento, el órgano a través del cual el hombre vive y respira. Si abandona el cuerpo, el hombre muere. El mwela puede posesionarse de cualquier animal. Para prolongar la vida del ser humano, se mezclan unas gotas de su sangre con las de un animal determinado para que ambos compartan el mismo aliento y la vida se prolongue. Cuando un hombre duerme, el aliento deja el cuerpo físico y vaga por otros lugares para conocer y predecir el futuro de su poseedor, actuando así en forma parecida al nsala. Cuando el hombre muere su aliento va al mundo de los muertos o Kalunga, las regiones “infernales” de la Tierra.

En la tierra de los muertos, la vida continúa de manera semejante a la vida terrenal, si bien carente de penas y enfermedades. La muerte, dicen los bakongo, sólo ocurre una vez y es como una recompensa. Los habitantes de la tierra de los muertos están, por lo general, divididos en dos grandes grupos: los nkuyu y los nyumba, divididos a su vez en numerosos subgrupos de distintas funciones, imposibles de enumerar aquí sin hacer de este ejemplo un tratado. Nkuyu significa espectro, visión y también cambio, transformación. No tienen lo nkuyu un lugar definido en el mundo de los muertos, sino que andan errantes por el mundo de los vivos y son susceptibles de ser capturados por un nganga. Los nyumba son aquellos que, al pasar a la tierra de los muertos, no adquieren una apariencia diferente a la que tuvieron en vida, porque no deben pagar por hechos

censurables, por eso se mezclan con los vivos y muchas veces se confunden con ellos.

Éste es uno de los ejemplos de relación entre las entidades anímicas y la escatología. Ahora continuemos con un ejemplo que es conocido, el alma o ánima. Desde la mayoría de las religiones y/o culturas, estos dos conceptos son bastante conocidos, pero no por ello debemos dejarlos a un lado.

De una manera muy general se entiende por alma el principio inmaterial sin el cual parece imposible explicar los diversos movimientos y el comportamiento de los seres vivos en general, y el pensamiento del ser humano en particular (entidad anímica). Pero esta definición necesita ser precisada pues la elaboración de la noción de alma ha sufrido una evolución compleja en la historia de la filosofía y de la teología.

Puede decirse que la concepción del alma ha procedido de los antiguos en dos direcciones diferentes. Una que tendía a acentuar hasta el máximo la distancia que separa el alma de la materia. Otra, por el contrario, que se esforzaba por definir con la mayor precisión posible sus relaciones con esta materia que ella “animaba”.

El ejemplo más representativo es sin duda el de Platón. Cualquiera que sean los argumentos que emplea para comprobarla, no cesa nunca de afirmar la inmortalidad del alma, esencialmente diferente del cuerpo. Inmortalidad que significa, no sólo que la existencia del alma persiste después de la muerte del individuo, sino también que esta existencia es anterior de la del individuo en que ella habita: que ella es, a decir verdad, la persona inmortal. De donde se desprende la idea de que el alma debe hacer los mayores esfuerzos para separarse de la materia que la entorpece, a fin de conocerse mejor y llegar a una existencia mejor. Pero



no podría tratarse aquí del paso a la eternidad, porque la inmortalidad del alma participa de la inmortalidad de l mundo, y la mejor existencia que debe desear es todavía una existencia en el tiempo.

La segunda tendencia que se manifiesta en la antigüedad se interesa, por el contrario, menos por la esencia del alma, que por el modo de animación de los seres vivos. Aristóteles la define así: “Aquello por lo que nosotros vivimos, sentimos y ante todo pensamos”. Es

aquello por lo que la vida que estaba en potencia en el cuerpo se convierte en acto: la forma del cuerpo. Es decir, que el alma no puede ser concebida sin el cuerpo que ella anima y que, como él, es mortal. No hay vida eterna para el alma aristotélica.

El problema se plantea en la Biblia de un modo totalmente distinto. Las preocupaciones de los escritores sagrados, lejos de ser de orden especulativo, se centran alrededor de un hecho afirmado desde

el principio por la palabra divina: El hombre viviente es un ser creado por Dios.

De esto tres ideas destacan inmediatamente. La primera es que el hombre ha recibido de Dios, directamente, algo que está aquí expresado de una manera concreta y que hace de él un ser completamente distinto de los animales, modelados de barro como él, pero que no ha recibido este aliento de vida (Gén. 2, 19). La segunda idea que se desprende, pero que se encuen-



tra en dos perspectivas diferentes en dos relatos, es que el hombre domina el resto de la creación como un ser de otro orden. Por fin, la tercera y más importante, que el hombre esta hecho a imagen de Dios, expresión que excitará larga y ampliamente la sagacidad de los futuros teólogos.

Así, desde la perspectiva judeocristiana, el alma se concibe como el aliento divino que nos hace de una sustancia diferente al resto de la creación, a partir de la semejanza con Dios.

Los lugares destino de esta entidad anímica son por todos conocidos, ya sea el infierno, el purgatorio, el cielo; todos y cada uno de ellos llamados de diferente forma dependiendo de la religión y cultura desde la que se esté realizando el análisis.

Después de este breve recorrido, me quedo con la postura y debate de las entidades anímicas de Ambrose Bierce, en su libro *El diccionario del Diablo*:

“Entidad espiritual que ha provocado recias controversias. Platón sostenía que las almas que en una existencia previa (anterior a Atenas) habían vislumbrado mejor la verdad eterna, se encarnaban en filósofos. Platón era filósofo. Las almas que no habían contemplado esa verdad animaban los cuerpos de usurpadores y déspotas. Dionisio I, que amenazaba con decapitar al sesudo filósofo, era un usurpador y un déspota.

Y, en lo que atañe a la naturaleza del alma –dice el renombrado autor de *Diversiones Sanctorum*-, nada ha sido tan debatido como el lugar que ocupa en el cuerpo. Mi propia opinión es que el alma reside en el abdomen, y esto nos permite discernir e interpretar una verdad hasta ahora ininteligible, a saber, que el glotón es el más devoto de los hombres. De él dicen las escrituras que ‘hace un Dios de su es-

tómago’ ¿Cómo entonces no habría de ser piadoso, si la Divinidad lo acompaña siempre para corroborar su fe? ¿Quién podría conocer como él el poder y majestad a que sirve su santuario? Verdadera y sobriamente el alma y el estómago son una Divina Entidad y tal fue la creencia de Promasius, quien, no obstante, erró al negarle inmortalidad. Había observado que su sustancia visible y material se corrompía con el resto del cuerpo después de la muerte, pero de su esencia inmaterial no sabía nada.

Ésta es la que llamamos apetito, que sobrevive al naufragio y hedor de la mortalidad, para ser recompensado o castigado en otro mundo, según lo que haya merecido en éste. El Apetito que groseramente ha reclamado los insalubres alimentos del mercado popular y el refectorio público será arrojado al hambre eterna, mientras que aquel que firme, pero cortésmente, insistió comer caviar, tortuga, anchoas, paté de foiegras y otros comestibles cristianos clavará su diente espiritual en las almas de esos manjares, por siempre jamás, y saciará su divina sed en las partes inmortales de los vinos más raros y exquisitos que se hayan escanciado aquí abajo. Ésta es mi fe religiosa, aunque

lamento confesar que ni Su Santidad el Papa, ni Su Eminencia el Arzobispo de Canterbury (a quienes imparcial y profundamente reverencio), me permiten propagarla.

Notas

<sup>1</sup> Elias, 1989. Pag.46.

<sup>2</sup> Ibidem. Pag. 106.

Bibliografía

ARIÉS, Philippe, *El hombre ante la muerte*, Taurus Humanidades, Madrid, España, 1982.  
 BIERCE, Ambrose, *El diccionario del Diablo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1983.  
 BLANCK-CEREJEIDO, Fanny, *La vida, el tiempo y la muerte*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982.  
 BOLIVAR Aroóstegui, Natalia, *Ta Makuende Yaya y las reglas de palo monte*, Ediciones Unión, La Habana, Cuba, 1998.  
 CARSE, James P., *Muerte y existencia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.  
 ELIAS, Norbert, *La soledad de los moribundos*, Cuadernos de la Gaceta, número 53, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.  
 THOMAS, Louis-Vincent, *Antropología de la muerte*, Fondo de Cultura Económica, México, 1983.  
 -----La muerte, Paidós studio, Barcelona, España, 1991.

